

silencio: ámbito propicio de la imagen y de la música.

Manglares abunda en poemas así. El rechazo del tono lírico alambicado y absurdo, cultivado por tantos y tantos poetas de esta patria impune, lo lleva, todo parece indicar, al verso sin brida, a la música desacompañada. No es el antipoema de Nicanor Parra, ni la dentellada irónica de Juan Calzadilla. Es el poema que no encuentra ritmo, pero, a veces, tampoco sentido. En la página 29 un poema marcado como X comienza con una perplejidad para el lector: “Primero por leído se hacía cierto”, y sigue sin aclararse: “Señores de corbata, educados en Berlín, / Fráncfort y otras / lo enseñaban en español muy limpio / a alumnos deslumbrados de los trópicos [...]”. El poema no se aclara, más bien se pierde en puntadas sin orden hasta el final. En otro (pág. 33), una imagen inicial, bella: “Como un brochazo en picada, el alcazaz”, se ve arruinada por una falta pueril a la gramática y por otras imágenes imposibles de aprehender de tan complejas (“huesos de una acción veraz que se expandía / con destellos de destrucción desde su centro”). Lo que también ocurre en XIII (pág. 35), poema desconcertante, no por la acción de ningún enigma o por la ambivalencia de un lenguaje soterrado y eficaz, sino por la falta de un lenguaje así, justamente: “Cuando las olas tocaban el fondo / disminuían su carrera. / Se elevaban entonces e, inestables, / rompían hacia delante / exhibiendo su sonido y su blancura [...]”. El simplismo narrativo no funciona en el poema, más bien lo estropea cuando es una deficiente redacción puesta verso a verso.

Pero acierta el autor en este 1959 de la página 41: “Gotear de los remos caño arriba, / íbamos en silencio profundo entre los mangles, / quietas nuestras vidas en medio del bullicio / cercano de los pájaros. / La luz venía del cielo y se volvía espesa / bajando por las ramas, metiéndose en el agua, / buscando el origen de los mangles / que venían desde el lodo y tocaban / el agua con sus ramas”. Pura música, pura imagen acompañada de un silencio que

se siente y de un misterio que se palpa. Ese es el poema. Y vuelve y da con otro bello texto en la página 51, 1975, una descripción con amigos, marihuana y viaje, y un final hilarante y sorprendente. También una pequeña narración, pero esta vez defendida por la precisión y la imagen sin fórceps.

Manglares de Tomás González es un libro de poemas lleno de bellas imágenes estropeadas por la mano ruda de un narrador de raza, musculoso y saludable. Aquí la poesía llega por destellos, entrevista en los intersticios de una espesa vegetación verbal. Quizá no haya en todo esto mucho desperdicio literario, porque hay reciedumbre y hay vísceras, pero no hay orden, ni música, ni silencio.

LUIS GERMÁN SIERRA J.



Vedado de tala

Filigranas del alma

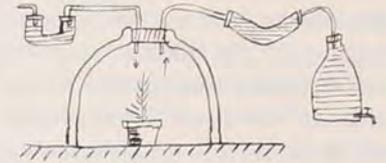
Julio Barón Ortega

Editorial Jotamar, Tunja, 2006,
112 págs.

Sin lugar a dudas, todos los seres humanos tenemos el derecho a expresarnos como se nos venga en gana, y desde tal entendimiento tenemos el derecho a desahogarnos, bien sea para exaltar o bien para denigrar la naturaleza y cuánto de nuestra existencia ocurre en ella; es decir, todos, por igual, podemos acceder al arbitrio de escribir poemas. Eso no es pecado ni delito. Pero libros como este de Julio Barón Ortega (*Filigranas del alma*) nos hacen pensar en la necesidad de establecer límites para tal potestad. Me explico:

¿Valdrá la pena cortar árboles para malgastarlos en libros que no tienen importancia más allá del pequeño mundo familiar de su autor?, ¿tendrá sentido que libros que no dicen nada —y que tampoco constituyen piezas de valor artístico— ocupen espacio en las estanterías de las

bibliotecas?, ¿es lógico reseñar y comentar en un medio de amplia difusión, las noticias de una obra carente de novedades, cargada de inusitados modos y de ridículas maneras?, ¿será justo someter al escarnio público la obra de un ser bueno que un día, movido por emociones verdaderas, decide escribir un libro y exponerlo al criterio de lectores nada cercanos a sus íntimos afectos?



Las respuestas a estas preguntas están, obviamente, en los poemas de *Filigranas del alma*, y es muy sencillo hasta para un lector iniciado responderlas luego de su lectura. Para tal efecto, propongo a quienes no encuentren innecesaria esta reseña, examinar por cuenta propia el siguiente fragmento de poema, antes de abordar el examen que le sucede:

A MI MADRE EN SU DÍA
Hoy para celebrar tu hermoso
[día,
Hacia el Altar me acerco
[presuroso,
Y al Señor de los cielos, con
[gran gozo
Yo imploro por tu bien y tu
[alegría

Qué bello está el Sagrario
[engalanado
Con cactus rojos y azucenas
[blancas;
Los cirios fulgen con ardor
[sagrado,
Todo es plegaria por las Madres
[Santas.

Oh Dios omnipotente, yo te
[ruego:
Conserva mi existencia
[iluminada,
Por esta hermosa Flor, color de
[fuego;
Que jamás se marchite en mi
[jornada.

*Ella será la insignia de mi fiesta,
 Quiero que nunca su color se
 [cambie;
 Porque así aunque ardecie la
 [tormenta,
 No es eterno el dolor... vive mi
 [Madre.*

*Mientras yo lleve el clavelito
 [rojo,
 Fugaces son las penas de la
 [vida;
 Pues así, aunque me hieran los
 [abrojos,
 Tú, dulce Madre curarás la
 [herida.
 [...]*

¿Valdrá la pena cortar árboles para malgastarlos en libros que no tienen importancia más allá del pequeño mundo familiar de su autor?

El poema anterior es, desde su función cognitiva, como debe tenerla todo poema, una experiencia tan elemental en su ámbito de pensamiento, que todo lo que ocurre en su interior ya está más que repasado, no hay nada en él que no se haya redicho antes de la grafía, y reescrito después de la imprenta hasta el cansancio, lo que por fortuna ocurre ya muy poco en nuestros días. Con todo, al exaltar a quien es el ser de quien con unánime pluralidad universal consideramos —en un acuerdo colectivo muchas veces de hipocresías— como nuestro único familiar sagrado, nuestra madre, resulta de indiscutible cuestionamiento en cuanto a la verdad emotiva que le concierne, pero nada hay más allá de eso.

Con respecto al lenguaje —para no abordar otros componentes del poema— estos textos que nos ocupan, y como consecuencia de lo ya advertido en líneas precedentes, son una suerte de glosario hogareño donde la floritura (hermosa flor, color de fuego) reina por doquier, describiendo su pequeño dominio con palabras que delatan el candor y primor de un ambiente de relaciones domésticas sobreeducadas: sagrario, azucenas, ardor, dolor, madre, altar, hermosa, insignia, iluminada, eterna, cielos...

¿Tendrá sentido que libros que no dicen nada —y que tampoco consti-

tuyen piezas de valor artístico— ocupen espacio en las estanterías de las bibliotecas?

Vale la pena, y bastante, que aquellos libros que sin ningún contenido importante —excepto el reconocido por una específica franja de lectores— y que alcanzan a difundirse más allá de sus linderos funcionales, sean sometidos, por quienes tienen la responsabilidad de promocionarlos, a una mínima crítica, y que lo hagan también reconociendo la existencia del reverso tras el anverso, y así, desde tal reconocimiento, divulguen en justicia las publicaciones oficiosas y alerten, a esos mismos lectores, de las inoficiosas, como bien lo hace esta publicación al ocuparse de libros de tan distinta índole.



Alguien decía que es menos inútil un libro bueno que no se lee que un libro malo que sí se lee, pues el lector del primer caso siempre tendrá la opción de alimentar sus conocimientos en una segunda ocasión y en un libro distinto, quizá mejor; mientras que el lector del segundo caso, quiéralo o no, quedará para siempre afectado. No en vano el filósofo Ciorán, sin distinguir los textos buenos de los malos, consideraba que regalar libros era una manera de imponer a otros nuestras ideologías, creencias y hábitos de comportamiento existencial. Por ello, siempre será mejor seguir la costumbre de muchos ciudadanos que obtienen

libros (en su mayoría libros que vale la pena leer), con el simple y estricto objetivo de llenar los huecos de la biblioteca, y no seguir el ejemplo de quienes la cargan con textos producidos desde la ignorancia del oficio o desde la imaginación viciosa, que no es lo mismo pero es igual.

¿Es lógico reseñar y comentar en un medio de amplia difusión, las noticias de una obra carente de novedades, cargada de inusitados modos y de ridículas maneras?

Si la crítica fuera meramente la exaltación de lo bien logrado implicaría que su labor se desarrollara sólo con dos específicas opciones. Una, mencionando lo que en toda obra resalta a primera vista, como es su contenido de belleza o de bien escrito; y otra, presentándola como ejemplarizante, lo cual constituye el primer paso para que una obra sea reconocida por las satisfacciones estéticas que nos produce, y que podría, por intermediación del crítico, convertirse en un modelo repetitivo e incluso artesanal. Por el contrario, la crítica, como es y debe ser, se ocupa, antes que del cuerpo, del rostro, y de las perfecciones de Aquiles, de su vulnerable talón. Bajo este entendimiento resulta claro cómo la función de los críticos, aunque ello sea desagradable y frustrante en buena parte de los casos, consiste más en la auscultación de obras cargadas de errores, incoherencias, gratuidades, ligerezas... que en el examen de obras de evidentes valoraciones estéticas. De tal manera que este tipo de libros, con las deficiencias de *Filigranas del alma*, deben ser atendidos con mayor urgencia por quienes ejercen, por buena o mala suerte, el oficio de tamizadores al servicio del arte y de la estética, como lo son los críticos, y así sea...

¿Será justo someter al escarnio público la obra de un ser bueno que un día, movido por emociones verdaderas, decide escribir un libro y exponerlo al criterio de lectores nada cercanos a sus íntimos afectos?

Infelizmente el lenguaje de los sí y el de los consentimientos es el mejor recibido, pero quienes ejercemos el oficio de la crítica sabemos que

las personas buenas consienten también el lenguaje de los no. De cualquier manera, volviendo al cuestionario y al talón de Aquiles, ¿quién no quisiera ver aniquilados sus defectos?

GUILLERMO LINERO
MONTES



¿Cuándo terminará este libro?

Cuando esta noche termine

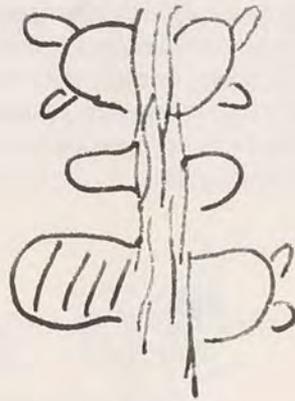
Eugenio Jaramillo Londoño
Editorial Universidad del Valle, Cali,
2006, 62 págs.

Cuando esta noche termine, es el título del poemario que Eugenio Jaramillo Londoño (Palmira, Valle, 1958), ha publicado bajo el sello de la Editorial Universidad del Valle y cuya presentación, breve y concisa está firmada por el poeta José Zuleta. Hago referencia, precisamente, a esta nota, pues como lectores esperamos, o sabemos, que ellas nos sirven de guía de lectura, de carta de navegación. Por ello considero viable abordar el examen de este libro siguiendo con ustedes —lectores de esta reseña— una a una sus acotaciones, para que así, entre la observación del poeta Zuleta y la de quien aquí escribe, el lector sume también sus percepciones:

Cuando esta noche termine es el despunte de una nueva y fiera voz en la poesía colombiana. Su autor, Eugenio Jaramillo, ha oficiado en asuntos en los que la poesía está presente: fue sacerdote, clérigo vago, teólogo, filósofo, cinéfilo y amigo de la verdad al todo o nada.

Su palabra está hecha de rudeza, coraje y empecinamiento. No es su poesía lugar para la contemplación de paisajes bucólicos, hay en ella más ácido que dulce, más rugosidades que felpas. Directo y

sin contemplaciones con la vida, pone a su decir un tono de sententia, sus poemas parecen expiaciones, en ellos viven amores que son luchas, que son gritos, que son instante y fuga, como los de gatos en los techos. Tal vez estos poemas sean secretas oraciones, vestigios de una historia que quiere ser cantada, que busca luces en la sombra antes de que la noche termine. [Texto de José Zuleta]



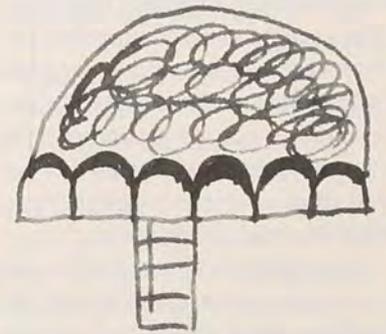
“*Cuando esta noche termine* es el despunte de una nueva y fiera voz en la poesía colombiana” (en poesía las voces son nuevas cuando no echan mano de recursos —imágenes, giros, metáforas, comparaciones, etc.—, ya reconocidos como recurrentes, y este libro está plagado de ellos: “... madura y tibia mi carne trémula”, “el deseo es fuego de los dioses”, “mar de deseos”, “mendiga mía”, etc., “¿fiera voz en la poesía colombiana?” Fiera León de Greiff).

“Su autor, Eugenio Jaramillo, ha oficiado en asuntos en los que la poesía está presente: fue sacerdote” (si los sacerdotes tuvieran que ver al menos una pizca con la poesía, o si los feligreses creyeran en los poetas como creen en los sacerdotes, entonces el mundo sería espiritual), “clérigo vago” (si se trata de la vaguedad de los clérigos, sí, de otra manera no entiendo cómo puede oficiar el ocio quien guarda obediencia), “teólogo” (lo último que estudiaría un poeta de hoy es a un dios, ya el “fuego” de la poesía no existe y si existiera nadie lo confundiría con el “fuego de los dioses”), “filósofo”

(hay una sutil como enorme distancia entre el oficio de poeta y el de filósofo: mientras que el primero piensa, el segundo tiene que pensar), “cinéfilo” (¿cómo lo fueron Safo, Li Po y Villón?) “y amigo de la verdad al todo o nada” (la creencia de que la verdad es una potestad del poeta es una insensatez, los amigos de la verdad debieran ser, y lo son, todos los seres).

“Su palabra está hecha de rudeza, coraje y empecinamiento” (más que de rudeza y coraje yo diría que está hecha de mal gusto e indelicadezas: “Musgosas vaginas. / Apretados bosques de flores donde un árbol erecto / escupe semillas”).

“No es su poesía lugar para la contemplación de paisajes bucólicos” (si bien *Cuando esta noche termine* carece de referencias al contexto de lo tradicionalmente entendido como bucólico —descripción de escenas e inocencias pastoriles— sí tiene, y bastante, exaltaciones semejantes acerca de un espacio cultural —personajes y sucesos—, por ciudadano nada pastoril, que, quíerose o no, se corresponde con ese mismo rural: la expresión pastoril y la semiurbana son ambas caras de una misma estampa dramática).



Sueño

Cada noche el mismo miedo.

Un lobo que cae

y el estruendo de las agujas

partidas en la sangre del

[pordiosero.

Ella hirió mi cuerpo.

“Hay en ella más ácido que dulce” (disiento tanto de ello como lo hacen estas líneas suyas: “Venga cuando esté dulce el fruto”, “Ella es un